

## AUTO DE FE

“La procesión acaba de salir. Delante, portando cirios, desfilan en perfectos hileras simétricas todas las órdenes religiosas masculinas del antiguo Reino de Mallorca. Luego, el señor Virrey, el presidente del Gran i General Consell, el jurado mayor y las demás autoridades, escoltando el gran pendón inquisitorial. Detrás, los reos con las mitras y los sambenitos de color amarillo, algunos con dos aspás, otros estampados con llamas invertidas, y únicamente dos llenos de diablos, con el propio rostro pintado sobre las túnicas infamantes. Al cuello una cuerda de estopa y un cirio en la mano derecha. Con los ojos bajos pisan descalzos los clavos y los cristales que para escarnecerlos más aún, han tirado los muchachos bullangueros como demostración de su cristianismo probado. A su lado, los curas y frailes que les asisten y que no dejan de amonestarles. Luego, con el recogimiento que acostumbra, las sotanas oscuras del Santo Tribunal, los familiares y consultores, llevando más cirios encendido para alabanza de Dios Nuestro Señor y provecho de los cereros de la isla.

(...) La procesión se acerca. La multitud recibe con gritos insultantes a los condenados, que cabalgan a lomos de asnos y llevan las manos atadas a la espalda. En tres ataúdes les siguen los cuerpos desenterrados de Rafael Tarongí, de la mujer del sastre Valleriola y de Cap de Trons. Al ver los montones de leña, Rafael Onofre Valls se tira de la cabalgadura y corre hacia María. Pero ni acercarse puede. Los soldados que ha mandado el Virrey para proteger a los odiosos judíos de la justicia del pueblo le arrastran sin contemplaciones. ¡María!, gritaba todavía el muchacho, y a su grito se une el de Sara: ¡María! ¡María, y María contesta con un gemido: Rafael, no quiero morir. Gabriel Valls quisiera arrancarse los oídos. El alarido de su hijo es como un cuchillo que le vaciara el corazón. El Rabí es el primero en subir al tablado. El padre Amengual pide a los congregados que se unan a sus oraciones para que aquel hereje muera arrepentido. A coro rezan tres avemarías. Son muchas las voces. (...) Amengual conmina a Valls por última vez al arrepentimiento. El reo niega con la cabeza. Casi sonríe. Parece tranquilo. Más de cuarenta mil ojos le escrutan pendientes de cada uno de sus gestos. El padre Amengual se retira enojado. (...)

(...) Los verdugos comprueban la firmeza de los nudos con que acaban de atar al reo al palo que sobresale por encima de las ramas apiladas, como un mástil que quisiera agujerear el cielo. Los soldados abren paso al señor Virrey. La multitud expectante vuelve a bramar. Los clérigos rezan a gritos, pero sin lograr imponer sus oraciones sobre la algarabía de voces del pueblo. (...) El momento ha llegado y se produce un silencio compacto. El Virrey enciende con una tea el fuego purificador. La hoguera prende. Valls se contorsiona. Abre la boca, pero no pide misericordia. Gime. Algunos instantes más y esas llamas que hacen estallar su vientre serán brasas, cenizas, polvo. Después nada. Nada.

Su cuerpo se vence. Cae como un tizón encendido hacia el lado izquierdo. Las chispas casi alcanzan a la multitud que se apiña en las primeras filas...”.

Carme Riera (1996) En el último azul, págs. 382-385